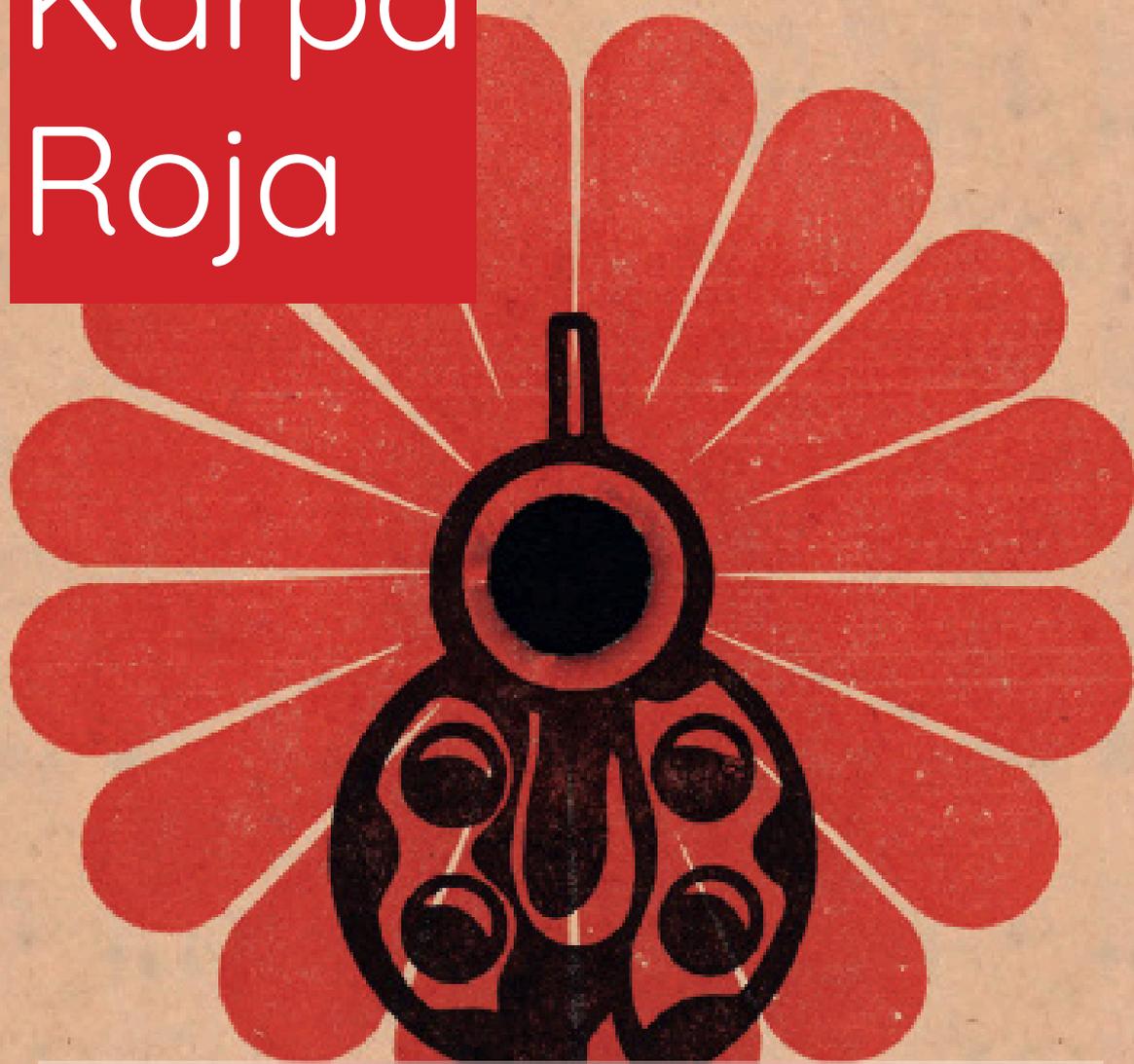


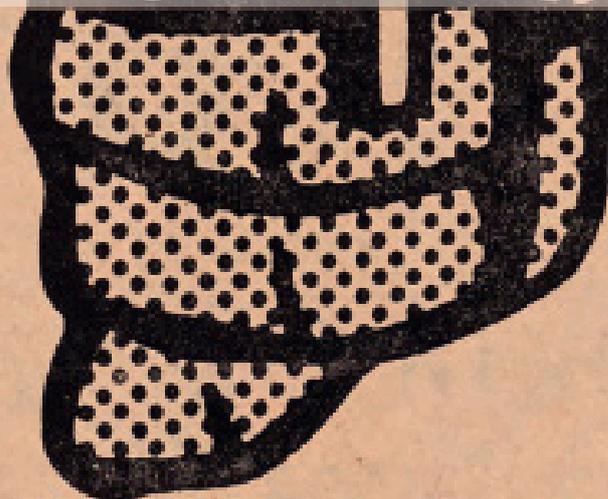
Karpa Roja



Memoria y Territorio

EDICIÓN 2

Revista Comunitaria



DC 2014



diagonal
cero



RELOJ INUTIL (poema visual) EDGARDO ANTONIO VIGO

La portada , contraportada e imágenes al interior de la revista corresponden al poeta visual Eduardo Antonio Vigo. Las fotografías son de Paulina Mendoza/@memoriayoficios. Diagramación: Alejandra Salgado

Poema visual

Edgardo Antonio Vigo



Edición 2

En esta segunda edición de Karparoja abordamos los temas de memoria y territorio. Estos conceptos se unen para labrar y remover la memoria como se remueve la tierra para no sembrar el olvido.

La memoria es un asunto político en defensa de trayectorias personales, historias y saberes locales. Mucho de ello ha ayudado hasta hoy a mantener la resistencia frente a la vulneración de derechos. Por ello y por más, mantener la memoria viva se convierte hoy (la posmodernidad) en la autodefensa por ser quien uno es, por ser quienes queremos ser y por poder proyectar (nos).

De esta manera, en el presente número de esta revista exponemos el testimonio de un conjunto de vecinos/as de La Reina (muchos de ellos/as que han vivido la migración) y cuyo testimonio nos parece relevante poner en valor.

La memoria es pasado y presente, el territorio es ese espacio que se organiza por un proyecto en común. Así, en estos relatos queremos, como señala “Edgardo Vigo”, sembrar la memoria para que no crezca el olvido”

Karparoja espacio de participación, creación y difusión, co- producido por un grupo diverso de vecinos (as), dirigentes(as) vecinales, y actores sociales de La Reina, en Santiago. Equipo editorial. Emilio Lopez Gelcich /Felipe Fierro Becker (Fundación Sitadel)/ Patricia Jofré Cáceres/Paulina Mendoza

Equipo Editorial







Juana

De estatura media, un cuerpo entrenado, tez blanca, cabello claro, teñido, corto y algo crespo. Juana piensa sobre los objetos que le recuerdan a su país de origen, Uruguay. Es un ejercicio complicado de abordar. Antes de lo material, piensa en una amiga con la que llegó hace unos cuatro años. “Esa persona me hace acordar bastante porque podemos hablar de situaciones que están pasando allá o nos comentamos cosas en las que nos entendemos fácilmente. Me recuerda nuestras vivencias y la facilidad con que podemos conectar con referencia a ese territorio”. En el continuo ejercicio de graficar algo material, apunta a una propaganda que tiene pegada en su dormitorio, en una casa ocupada cerca de Plaza Egaña, que alude a la migración. “Me hace acordar Uruguay porque habla un poco del viaje que hice para llegar y que también vengo de otros lados. Tengo una cámara de fotos, hace bastante tiempo, y me hace acordar lugares por los que he andado. Es un objeto que me ha acompañado mucho y refleja un aspecto un poco nómada que tengo.”

En medio de la ley de usurpaciones y una contingencia política que apunta a quienes migran, ¿cuál es tu perspectiva?

-La idea de migración ha cambiado poniendo más trancas para la permanencia de migrantes en Chile. En general para todo el mundo es difícil y más en los últimos años. Por un lado, está el tema de las visas, que hace super difícil conseguir residencia. Son muchos trámites y no necesariamente cumpliéndolos te la otorgan. De hecho, la embajada de Uruguay se ha referido a eso como un problema, porque tampoco a través del consulado me han facilitado los papeles. En la conversación reflexionamos sobre este círculo vicioso de parámetros que plantea el estado: sin trabajo no hay papeles y sin ellos es complejo acceder a un trabajo. Causas que precarizan la vida y las resistencias. Juana recalca que hay muchos requisitos que no puede cumplir y a eso se suman estas leyes represivas como la de usurpación, que criminaliza el hecho de poder habitar una propiedad que está completamente abandonada.

-En mi caso busco trabajos independientes y ambulantes, lo que también es complejo por lo que implican las multas, detenciones y robos de mercadería de lo que uno puede producir. Voy de a poco conociendo gente a la que puedo hacer llegar los oficios que realizo. Trato de fortalecer y crear redes de apoyo mutuo con personas que tienen afinidad con estas dinámicas. Sale el trueque sin tener que necesariamente pasar por el tema del dinero. Es una forma de apoyarnos entre todos. Así he logrado profundizar los conocimientos pensando en que la educación también es limitada para quienes migramos.

¿Cómo tu memoria ayuda al territorio?

-El venir de otro lado ayuda a ciertos análisis. Tengo una perspectiva política, conozco de cerca la dictadura en Uruguay y cómo fue acá en Chile. Puedo conectar ciertas cosas y logro tener una visión un poco más panorámica. Es un proceso que se vivió en Latinoamérica, que tiene un montón de similitud, entiendo que es algo que no solo pasó aquí o allá, de hecho, se dio en el mismo tiempo en Uruguay. Eso es parte de una memoria corporal, por lo que vivieron mis familiares, mis cercanos. Aunque no viví en esa época, igual la historia queda. De lo que siembra en sus relaciones, es decir, la posibilidad de dejar un legado que aporta en este espacio de la historia determina que precisamente ese término -el legado- son sus experiencias y saberes. Manifiesta que estudiar las plantas, -uno de sus oficios- es un acercamiento a la configuración de la memoria. Las propiedades medicinales de la naturaleza que ha aprendido en distintos territorios le ayudan a poder difundir esos conocimientos entre sus cercanos. “He conocido las propiedades de las plantas que habitan aquí y logro acercarlas a las personas para que conozcan y respeten su entorno. Que haya una interacción, pero desde el cuidado”. De ahí que uno de los proyectos que impulsa Juana, desde el anonimato, es una red de medicina natural para quienes están en una situación de encierro (no solo físico, sino que también mental), entregando apoyo a quienes lo requieran.

Sin Fronteras y sin Estado: las posibilidades de quien habita en lo ilegal



Omar Camacho

Mientras me dirigía a la estación de autobuses para emprender el retorno, sorpresivamente me encontré con un ex compañero de trabajo en la fábrica. - ¿Aceptas que te invite una taza de té? - preguntó, a lo que accedí. Allí me explicó que ninguno de los trabajadores cercanos interrogados mencionó que yo había estado en Cuba. Obviamente de no haber existido esa actitud solidaria yo no hubiese podido compartir con él ese momento. La despedida fue tan sentida como corta, pero dejó en mi interior una sensación indeleble. Hasta hoy, décadas después, me tiembla la voz cuando hablo sobre ello.

Mi niñez fue en la calle, vivíamos en Rondizoni, en la Población Pizarro, cerca del Club Hípico. Las casas tenían un frente pequeño con la puerta al centro, casi encima de la vereda. Éramos tres, yo y mis dos hermanas. Las actividades se realizaban en la iglesia San Gerardo, allí también daban películas, por lo tanto, en ese lugar se centraba la actividad grupal de aquel vecindario pobre. Y era mi madre, profesora normalista, quien se encargaba de nosotros, ya que mi padre, de origen boliviano, trabajaba de sastre y estaba menos con la familia. Con el tiempo se llevaron a una de mis hermanas a la vivienda de una tía en Peñaflores, que era como una segunda casa, pero no fue bueno, ya que se quebró el vínculo con ella. Pasados algunos años nos mudamos al sector de Santiago que hoy es La Reina, allí mi padre estableció un comercio en relación con su oficio, y mi madre comenzó a ayudarlo en el negocio. La confección de ropa la aprendió en las salitreras del norte, donde los ejecutivos ingleses acostumbraban a vestir como lo hacían en su país de origen. Fui enviado al campo de concentración de Pisagua, donde resultaron condenados a muerte muchos de los compañeros. En aquel lugar los tribunales militares actuaban a su antojo. Recibía cartas, todas abiertas, de mi madre y de mi esposa. Ella había tenido que retornar a Santiago, en tanto mi madre viajó a Iquique intentando poder contactarme, sin ningún resultado. Después de meses que fueron interminables, autorizaron mi salida del campo de concentración de Pisagua y me enviaron a una pequeña ciudad nortina. Me asignaron a un depósito regentado por un militar de carrera joven, y luego de un tiempo, finalmente accedí a que le enviase una carta a un abogado militar con quien había trabajado en la industria pesquera. Mi idea era que me trasladaran a Valparaíso o Concepción, debido a mi profesión, pero sólo accedieron a mandarme a San Antonio.

Influenciado por un amigo del colegio, decidí que quería ingresar al internado Barros Arana, y mi madre, que llevaba las riendas, estuvo de acuerdo. Poco a poco me fui acostumbrando al instituto, no así el amigo que me instó a ingresar, y entró conmigo, ya que lo abandonó a los dos años de estar allí. Yo en cambio terminé en el Barros Arana, junto a un nuevo amigo con quien permanecemos siempre bien unidos. Y fue en los últimos dos años que comenzamos a integrarnos a la militancia política.

Decidí trabajar en el área de industria pesquera, para lo que debía trasladarme a Valparaíso, donde estaba la universidad. Mi madre me apoyó en la idea como siempre, pero al fallecer mi padre tuve que apoyarla en el negocio de venta de ropa que tenían. Las dificultades económicas aumentaron, como era de esperarse, pero igual nos las arreglamos para que yo marchara a la ciudad puerto, quedándome en la casa de una familia amiga de mi madre que me acogió, brindándome así la posibilidad de iniciar los estudios. Fue entonces que ingresé en las juventudes comunistas. Recuerdo que acudí a una de las sedes del partido, manifestando mis inquietudes. Años después terminé los estudios junto a mi amigo del Barros Arana, pero demoré en titularme, ya que mis actividades de militante prolongaron la conclusión de la etapa. Fue nuevamente mi madre quien, de vuelta en Santiago, me apoyó económicamente y me instó a titularme.

En 1970 Salvador Allende gana las elecciones, y la Unidad Popular asume el gobierno. Yo trabajaba en la Corfo, en mi área, y posteriormente me enviaron a la ciudad de Iquique como administrador de la Pesquera Tarapacá EPSA (Empresa Pesquera Tarapacá S. A.). El primer tiempo sentí la soledad del norte, entonces, con la pareja que tenía, oriunda de Puerto Montt, y que no había podido acompañarme a Iquique decidimos casarnos. Por ello viajé al sur, a su ciudad natal, hablé con su familia, su padre, explicando la situación, entonces ellos me aceptaron, por lo que luego de formalizamos el matrimonio. El trabajo fue realmente duro, la fábrica contaba con cinco sindicatos, que reclamaban derechos y beneficios a un gobierno de orientación socialista. El encargado de los contratos laborales era un abogado, además militar, con quien establecimos una buena relación.

Como se podía, se sorteaban obstáculos difíciles, hasta que se produce el golpe de estado.

Pasaron años en San Antonio, volvimos a Santiago, falleció mi madre, en 2011 falleció mi esposa, yo soportaba el sufrimiento quizá ayudado por el mutismo heredado de mi padre. Tiempo después tuve una nueva pareja que aún me acompaña, con ella regresamos al norte en 2020, justo antes de la pandemia, y recorrí nuevamente el campo de concentración de Pisagua.

Hoy acá en mi casa, cuando relato mi historia me emocio ante los recuerdos, entonces, el té que tomamos con mi compañero allá en el norte, aparece intermitente en la memoria



Regula Ochsenbein

Regula Ochsenbein lleva más de 40 años en este país. A través de la historia y la sociología accedió a trabajos voluntarios en Checoslovaquia, Grecia e Israel que la encaminaron al servicio diplomático. “Por mi trabajo no había mucho que escoger. Tampoco puedo compararme con quien se muda para tener un mejor futuro. Dejé el servicio diplomático para quedarme. Aquí tienes una situación totalmente diferente con respecto a Suiza. Siempre lo que me ha interesado

más tiene que ver con derechos humanos, o más bien con la falta de...”

Si tuviera que elegir un objeto del espacio que habita, Regula señala un cuadro de su padre cuando participaba en una cofradía de estudiantes. Menciona joyas que heredó de su familia y reflexiona sobre lo que implica habitar su casa. “Lo que recuerdo de Berna es que veía las montañas, los Alpes suizos. Entonces las veces que viví en un barrio en donde había muchos edificios, me sentía mal. Lo que me atrae de esta casa es que desde el patio veo la cordillera y el invierno nevado”.

¿Eres de una familia muy politizada?

No. Mi papá era funcionario público, estricto en eso, incorruptible. Tengo en la memoria lo que contaba de la II Guerra Mundial, cuando hacía el servicio militar en la frontera de Suiza con Francia. Cuando Hitler ocupó el territorio francés en los '40, pasó mucha gente hacia Suiza. Tenía el recuerdo de recibir un canasto con una guagua judía y detrás ver a la familia, eso te marca.

Te desarrollaste en derechos humanos, ¿cómo fue tu llegada acá?

Cuando me di cuenta de los líos en que me metía por aplicar lo que estudié, me puse en la vereda de observar. Salí de la universidad, quise trabajar en radio y no me resultó. Ahí postulé para el servicio diplomático y quedé. En parte, por ser en ese entonces, miembro del partido socialista.

¿Y por qué llegaste aquí?

Cada 3 o 4 años te trasladan. Puedes poner prioridad a un lugar, lo que no quiere decir que te manden. Excluí Europa, pero el primer destino que me tocó fue Londres. El embajador era super machista y peleaba con medio mundo. Al año siguiente me anunciaron el traslado y me hicieron elegir entre Nigeria y Chile. Siempre quise ir a América Latina, pero no a un país en dictadura. La otra alternativa era Nigeria, donde no te podías mover a ningún lado como mujer. Al final por eso llegué.

Relata que al día siguiente de aceptar se dirigió hacia Amnistía Internacional para saber qué hacer. “Lo que hacía, -bueno no fui la única-, todos los días leía los diarios, recortaba comentarios sobre los casos y enviaba sobres ciegos directamente a la sede”. Todo eso era trabajo voluntario. La organización vino el '82 para hacer un informe.

El resultado lo compartió con un amigo kurdo que estuvo preso en Turquía: “Eso es una taza de leche”, le respondió. Entonces Amnistía en esa época no lograba un trabajo muy representativo o no tenían acceso, considerando que cuando llegó la organización al país, la CNI los siguió por todas partes con autos, disfrazados, según recuerda.

¿Cómo tu legado se vincula con la realidad?

Aquí hay casos emblemáticos. De un lado las víctimas, quienes llevan una bandera, hay un montón de ellos que conforman la memoria de los nadie. Muchas veces se me propuso escribir ¿para qué? No me hace sentido hacerlo cuando está todo copado por cierta gente, donde no puedes llegar con iniciativas nuevas, por lo mismo empecé a moverme de este barrio a otras partes.

¿Y qué dejas en la memoria de los nadie?

Haberlos escuchado. Me encuentro con personas, conversamos. Al cementerio una vez llegó alguien preguntando si era el patio 29. Quería contar la historia de uno de los concriptos fusilados del MIR. Figuran en memoriales y nadie les da pelota. Si escuchas, dejas tremendo impacto; no llegar al Estadio Nacional, pararte frente a un escenario y ver lo de siempre, las mismas canciones. Eso es apoderarse de la memoria ajena. No cuestiono que hay buenas publicaciones, pero hay un aprovechamiento de la coyuntura.

Nos encontramos en su casa. Tiene seis perros rescatados y en sus espacios se ven latas reutilizadas que se pueden encontrar al caminar por el canal San Carlos. Muestra un lienzo hecho con las mismas que referencian a los más de 400 casos de trauma ocular. Reflexionó sobre su experiencia en la revuelta y la pandemia. El retomar contacto con quienes se vinculó mediante la prisión política. La incontable documentación que ha realizado y que ha sido entregada al Museo de la Memoria. “Este fin de año, se avanzó en muchos juicios que quedaron durante años en la Corte Suprema y por fin, para mala suerte de los genocidas, salió el fallo definitivo ahora. Pero hay otros tantos casos que no hay ningún avance. Cada persona que fue torturada, encarcelada, exiliada, ejecutada, hecho desaparecer, todos ellos valen lo mismo. Acá en La Reina, hay muchos nombres, al punto en que a veces ya no quedan familiares vivos”.

La memoria de los nadie: una voz por la ayuda humanitaria



Mónica Delgado

A partir de 1964, el alcalde y arquitecto Fernando Castillo Velasco pone en marcha la construcción de Villa La Reina, cuyo gran mérito es que comienza a ser levantada por sus propios pobladores. Guillermo Ávila fue uno de ellos, por eso una de las calles actualmente lleva su nombre. Soy Mónica Delgado, nieta de Guillermo Ávila.

Todo comenzó en las calles de Valparaíso, habíamos ido con mi hija por el día, y de pronto nos encontramos con el evento de los 1.000 tambores. Aquello me marcó para siempre. El sonido, el ritmo, el ambiente que se tomaba las calles me indicó que eso era lo que realmente me gustaba. A mi regreso a Santiago unos primos me dijeron que estaban formando una batucada en la Villa, y me invitaron a formar parte del grupo. A partir de ese instante, Samba Fusión pasó a ser parte fundamental de mi vida.

“Para mí la batucada es todo”. Somos entre treinta y cinco y cuarenta integrantes, ensayamos todas las semanas a eso de las tres de la tarde, acá en la Villa. El horario es por el volumen del sonido que sale del grupo de tambores. Algunas veces han llegado guardias para interrumpir el ensayo, por alguna denuncia, debido al ruido, pero al mismo tiempo, muchas personas nos mandan su apoyo a través de las redes sociales. En realidad, haciendo un promedio, cada diez personas, son ocho las que nos envían mensajes de aliento. Samba fusión es mucho más que un conjunto musical numeroso, es un grupo solidario que interactúa, apoya, y está comprometido socialmente con la Villa, apoyando todo tipo de eventos que lo requieran de manera gratuita. Inclusive a veces nos vienen a contratar con pago de por medio para alguna actuación puntual.

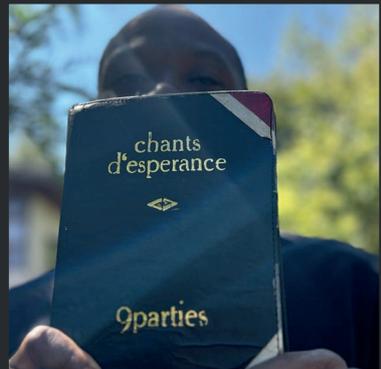
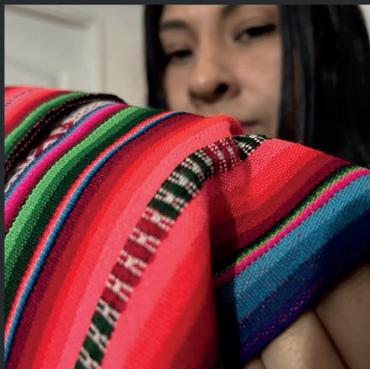
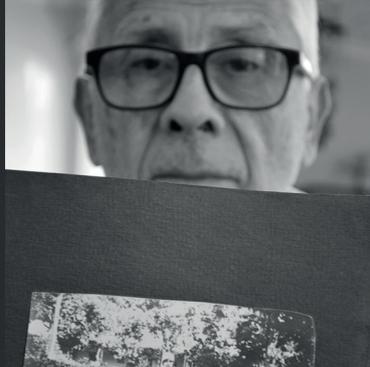
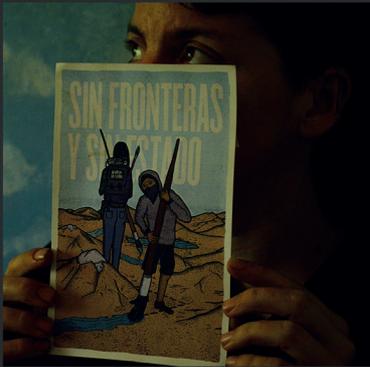
La batucada forma parte de nuestra esencia, con sus tambores, su ritmo, su música.

A menudo me llaman jóvenes integrantes del grupo y me cuentan sus problemas, ni bien puedo estoy allí, brindando todo el apoyo posible. Somos un grupo que hacemos música juntos, que trabajamos también juntos, y colaboramos cuando nuestra comunidad así lo requiere. Realizamos completadas y eventos diversos para comprar instrumentos, para nuestros trajes, y, a manera de ejemplo, en esta época de festividades, vendimos helados para comprar dulces y repartirlos a muchos niños de la villa. Por eso lo repito con total convicción: “Para mí la batucada es todo” ... En ella toca mi gente, tocan dos hijas, y cuando veo que los vecinos miran y disfrutan de nuestro paso por las calles, siento una profunda emoción, una profunda alegría.

Entonces recuerdo cuando con mi padre nos sacamos una foto en plena calle Guillermo Ávila, mi abuelo.

Volví en sueños al país de la infancia. En el cielo
había una espada azul. Una gran espada azul sobrevolando
los tejados marrones y rojos de Quilpué.
Entré caminando, con las manos en los bolsillos, y busqué las
viejas películas: el riachuelo, el caballo, la plaza cubierta de
hojas, el porche de mi casa.
No vi a nadie. Hasta el Duque había desaparecido.
De alguna manera intuí que el pueblo había entrado
en una suerte de operación geométrica sin fin.
La espada se reproducía en el cielo más siempre era una e
indivisible.

Roberto Bolaño





Estelvina Lemul Jaramillo y Alfredo Neicun Quidel

Estelvina y Alfredo

Somos Estelvina Lemul Jaramillo y Alfredo Neicun Quidel de la novena región. Yo, Estelvina, de Toltem, y Alfredo de un sector rural cercano a la ciudad de Temuco. Llegamos a Santiago hace más de cincuenta años. Nos conocimos en una plaza paseando y desde entonces, hace ya más de medio siglo, permanecemos juntos. Nuestros recuerdos de antaño están vivos en la memoria: la carreta tirada por bueyes, el arado utilizado para la siembra de papa, la parcela de trigo y su cosecha. En fin, todo lo vinculante al transporte de aquellos productos que siempre fueron tirados por el yunque que portaban sobre el cuello de aquellos animales grandes, con cuernos largos, balanceándose en ese camino de tierra. El mismo que recorríamos a pies pelados, recibiendo el calor del suelo en aquellos veranos en que el sol pegaba fuerte durante horas.

Yo, Estelvina, llegué a la Estación Central de Santiago en los sesenta, siendo muy joven. Cuando bajé del vagón del tren sentí mareos. El ruido, el humo de los vehículos, el aire, la cantidad de gente transitando, me afectó mucho. Comencé a trabajar como asesora del hogar por Vicuña Mackenna, en una casa que estaba en la población Chile, a través de una señora conocida. Después pasé a una vivienda que estaba en frente, una familia española, pero la dueña de casa me recriminaba por mi estado anímico, por mis dolores de cabeza, diciendo que eso ponía en riesgo el cuidado de sus hijos. Pasaban los días y yo recordaba el silencio del campo, escuchaba el ladrido de los perros, extrañaba el aroma de las plantas, el aire puro y la limpieza de los días. Duré poco al servicio de esa familia, pero ingresé a otra vivienda, en una parcela y allí era diferente: les hacía pan amasado, cocinaba, iba dejar a los niños al colegio, miraba tranquila pasar los autos. Me sentí más aceptada y así pude adaptarme a las circunstancias y el diario vivir de la capital.

Yo soy Alfredo. Llegué a la Estación Central de Santiago a los catorce años con una prima lejana. Mi hermano mayor ya vivía en la ciudad, me estaba esperando y fui con él hasta la habitación que tenía en Plaza Egaña. Comencé a trabajar en una panadería, siendo mi primera tarea barrer aquel lugar. A través de mi hermano, quien cumplía labores de panadero, logré que me dieran la posibilidad de ingresar al sector donde se elaboraba el pan. Allí el jornal era mejor, y en un comienzo cumplía turnos en la noche, ya que se trabajaba las veinticuatro horas. Pero nunca olvidaba la imagen de mis bueyes, con quienes trabajé desde los ocho años, pues mi padre era inválido. Estos animales eran y son parte de mi memoria, de mis recuerdos y de mi identidad. El calor del horno, sobre todo en el verano, era tremendo, tomábamos litros de agua para mantenernos saludables. Había que poner la masa elaborada con manteca de cerdo encima de la larga pala de madera y luego sacarla a tiempo con la mercadería a punto. La comida que nos daban, eso sí, era pobre: una cazuela con puro hueso y un tallarín flotando en la superficie. Por eso rellenábamos el estómago con pan y a veces comprábamos comida en lugares aledaños. Ya cumplimos cincuenta años de matrimonio. Recién casados llegamos al sector La Campana, en Chacón con José Arrieta. Allí nació nuestra primera hija y después, a comienzos de los setenta, postulamos a esta, nuestra casa actual, en Villa La Reina. La fuimos pagando con esfuerzo, y bajo este techo conformamos nuestra familia. Ahora, después de todos estos años, llevamos una vida más tranquila, pero siempre con nuestros recuerdos en la memoria. Con nuestros orígenes vivos, manteniendo, en mi caso, él mapudungun.....

Fei tamu ta mvlepai tañi witrán entrevista pape eneu tati tañi domo iñchu ka tañi ruka feita mapuche dvngunge pieneu tati, chem piafin chi, iñche feitamu ta mvlepan fenten chi tripantu com peniepa ke eu kvpakei envn tati pepakeneu, fei ta kvme miuaupe tati tieple engu.

Feita kvme miupe engu tati kellu nieñ mu tati kellu nielai chi ka feleai kai.

Fei mu Mañumfiñ ta tvbi witrán kontu pape enu fachantvg.

Traducción:

Acá tenemos una visita que me viene a entrevistar. Estoy con mi esposa en nuestra casa, y me ha pedido que le hable en mi lengua. Le diré que hace mucho tiempo que estoy aquí, y son muchos quienes nos vienen a ver, y les deseo que siempre estén bien donde quiera que sea. Si es para ayudarnos o no, da lo mismo, por eso le agradezco por haber venido a visitarnos.



Peter Colas

Soy Peter y salí de Haití en avión hasta tocar el suelo del continente sudamericano. De allí en más lo recorrí por tierra en distintos autobuses.

El recorrido más largo fue en territorio brasileño, y mientras viajaba venían a mi memoria el rostro de mi hijo allá en mi país, el de mi madre, el de mi padre, preocupado porque no sabía el tiempo que iba a pasar hasta volver a verme de nuevo. Llegué a Santa Catarina, Brasil, y allí comencé a buscar trabajo, hasta que lo encontré en una industria de pescado, donde rápidamente me puse a trabajar. Todos los meses enviaba, como hasta hoy, dinero a mi hijo. Desde ese preciso instante mi padre me hizo la pregunta que reitera siempre “¿Cuándo voy a volver a verte?” a lo que yo respondía y respondo “el 2024”. En la pantalla de mi celular a menudo recorro mi álbum de fotografías, donde están mis amigos, mi pápa, mi máma, entonces aparecen en mi memoria imágenes de mi país, sus paisajes y plantas. En fin, lugares que recorrí desde niño.

Pasado un tiempo decidí continuar mi camino y apunté a Chile. Viajé también por tierra, crucé la frontera y emprendí camino a la capital, Santiago.

Aquí conseguí trabajo en un club de equitación ubicado en la comuna de La Reina, en el mismo faldeo cordillerano de Los Andes. Y continué hasta ahora como encargado de los parques y jardines. Trabajo que me gusta, pues allá en mi país me licencié como técnico agrícola.

“¿Cuándo voy a volver a verte?” continúa preguntando mi pápa, a lo que sigo respondiendo “el 2024”. Recuerdo a mis amigos, mi casa, las cabras, las gallinas, algún caballo, y por supuesto el rostro de mi hijo, que continúa creciendo. En este país me encuentro bien, pero siempre están latentes las imágenes de Haití: la gente amiga, mi máma, y cada rincón en el que fui creciendo y desperté a la vida. En cuanto a Brasil también lo echo de menos. Me gustó la similitud con su gente y la forma de ser y tomarse la vida, por lo que no descarto volver allí a trabajar en algún momento. Ahora me dedico a cuidar las plantas y hacerme cargo del parque para que permanezca en condiciones. “¿Cuándo voy a volver a verte?”, sigue preguntando mi pápa, a lo que siempre le contesto “el 2024”. Y ya queda poco para esa fecha.

Sigo recorriendo a diario la galería de fotos en mi teléfono móvil. Me detengo en cada una de ellas, algunas con efectos, marcos y colores que me gustan. Eso me entristece un poco y al mismo tiempo me da ánimo. Aunque no puedo tocarlos, sé que están todos allí, existen, entonces coloco música de mi país, eso me produce nostalgia, ¿Quieres escuchar?

“Haití tiene un hermoso mar y ríos de montañas / playas con palmeras preciosas islas con luminosos colores. / Haití es el aroma del café que va subiendo por mis narices desde el amanecer / es el olor de las gotas del rocío, proveniente de las flores en ciernes a las diez de la mañana...

¿Cuándo voy a volver a verte?



Noelia Serrano

Soy Noelia Serrano, llegué hace seis años a Chile desde Cochabamba (Bolivia). Aquí ya estaba mi hermana Micaela desde diez años atrás, en Peñalolén, donde empezamos a vivir todos. En mi país yo era enfermera (aquí en Chile le llaman "TENS"), pero no traje mis títulos ni papeles apostillados, por lo que no pude trabajar en lo que estudié. Conozco lo esencial (vacunarse, poner inyecciones, curaciones, etc.), pero hoy la ciencia avanza muy rápido y tendría que hacer los estudios nuevamente si quisiera trabajar en eso. Cuando fui a buscar trabajo como TENS me dijeron que no era posible, pero empecé a trabajar como camillera en una clínica. Sin embargo, no me resultó por mucho tiempo, porque poco después me enteré que estaba embarazada.

Yo ya venía con mi hija chica desde Bolivia, pero aquí me embaracé muy rápido de mi segunda hija. Después empecé a hacer aseos en oficinas y luego en casas. Después me volví asesora de hogar y ahora sigo de asesora, trabajando en diferentes casas. Estoy esperando hace dos años la visa definitiva, pero hasta ahora no sale. Me traje un objeto de Bolivia. Es una manta que llamamos "aguayo" y que sirve para arrullar el bebé. Mi abuelita lo usaba y mi mamá también. Yo lo usé un poco, pero me resulta algo incómodo. Mi mamá y mi abuela, que trabajaban de vendedoras, lo usaban para ir al trabajo, cargando un hijo atrás. Mi abuela, en particular, lo utilizaba mucho en el campo. Sacaba papa y llevaba a la guagua en el aguayo.

El aguayo de mi abuela es de lana, formado por un hilo más grueso. Los colores eran como cafés o más oscuros. Ahora tienen colores mucho más llamativos. Mantengo otras costumbres que aquí no he visto. Por ejemplo, mi papá que también vive en Chile cocina una sopa de maní. También comemos la ensalada junto al plato principal y no como un plato a parte, que se come antes o después, como lo he visto aquí, por eso yo siempre como arroz, carne y ensalada en un mismo plato, eso no lo cambio.



Luiz Clarísimo Alves Junior

Soy Luiz Clarísimo Alves Junior, brasileño nacido en la ciudad de Lorena (ciudad pequeña) ubicada dentro del Estado de Sao Paulo. En la época de mi infancia había mucha agricultura, pero últimamente ha tenido un desarrollo más industrial. Allí viví hasta los cuarenta años.

Mi experiencia laboral han sido principalmente las comunicaciones. El año noventa y tres (93) hice un curso en el Campus Oriente de la Universidad Católica. Ahí conocí a Sole (mi señora). Terminado el curso volví para Brasil y mi vida siguió. Pero llegó el momento en que resolví vivir una vida con la Sole, entonces volví a Chile. Llevamos veinte años de casados y seguimos en el mismo camino. Ella es realizadora de audiovisual y tenemos una productora para ciegos y zurdos. Estoy completando veinte años en Chile, acogido por una familia que me acogió, me dio respeto, y la tranquilidad para seguir explorando en el área que me gusta.

Como objetos de mi país, tengo varias cosas que valoro: una bandera, botellas de aguardiente de Brasil y las fotos de mi familia en un álbum.

La bandera para mí es un símbolo fuerte. Tengo una en el living de cincuenta (50) centímetros, tengo otra ropa verde amarillo con la bandera en la espalda y varios instrumentos brasileños, como "birimbao" y "cuica" que uso constantemente, porque soy músico. Hay músicos chilenos que aman la música brasileña. A través de la música he ido conociendo más personas. Ese lado es muy interesante, abre campos, abre preguntas, cuestionamientos, ayuda a conocer realidades completamente distintas. Aprendo continuamente de las culturas, me gusta relacionarme, intentando hacer de mi experiencia un momento bueno. Entonces busco aplicar en la música en los textos, en los videos. He aprendido mucho de la cultura chilena, pienso que es un pueblo vanguardista en muchos aspectos, buscando siempre propuestas diferentes. Considero que a pesar de la presión existencial que sufre, Chile conserva un espíritu de ingenio y resistencia, como el del cacique "Colo Colo".

CHUCHUNCO

La primera carretera en el olvido
ha ido acumulando con los años de años
el polvo de la vida a su costado:
una sarta de palos resecos,
alquitranados fierros,
durmientes traicionados por su peso
mediaguas, marcos de puertas y ventanas,
escaleras que hoy no conducen a ninguna parte
y que se alzan como atalayas olvidados por la tropa,
techos de zinc deshechos de humedad
yescas asfixiadas por bolsas y botellas plásticas,
por latas y cartones, por cuchillas y celos,
inamovibles asesinos.

Y sobre una carreta cargada con sacos harineros,
el niño de ocho años que es mi padre,
sentado como un mago,
es conducido al tiempo veloz de antenas telefónicas
implantadas entre añejas construcciones;
a la era de veloces metrotrenes
que dejan ver a ratos
ingentes esqueletos de los carros de antaño,
habitantes oscuros de un pasado
que conservan el número de serie y la capacidad de
carga...
pero que ya no llevan carga
y portan como únicos pasajeros
los ecos de esperanzados hombres y mujeres
que viajaron tenazmente para ganar su pan
a la Estación Central de sus miserias.

La primera carretera en el olvido
conserva aún el paso
de hombres y mujeres
de un siglo que ha agotado su futuro.

Edith Tapia Espinoza

Agradecimientos

Corporación de Desarrollo La Reina. Programa Migrante. Fundación Sitadel, y a tod@s aquell@s que colaboraron para hacer posible la presente edición.
Revista.karparoja@gmail.com



UNO DEL TERCIO EN TRANSFORMACIÓN MATEMÁTICA (1974) 2/6 violografía

camp